

ROBERT L. STEVENSON

Historia de una mentira

Traducción de María Jesús Pascual

Editorial Belvedere



**Editorial
Belvedere**

Título original: *The Story of a Lie*

Primera edición: Octubre 2011

© de la traducción: María Jesús Pascual

© de la presente edición:

Editorial Belvedere, S. L.

Sociedad Unipersonal

Apartado de Correos 7191

28012 Madrid

E-mail: editorial.belvedere@hotmail.com

www.editorialbelvedere.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-937947-1-2

Depósito legal: M. 40.834-2011

Impreso en España – *Printed in Spain*

Fotocomposición e impresión:

Imprenta Taravilla, S. L.

Mesón de Paños, 6

28013 Madrid

CAPITULO I

El que presenta al Almirante

Cuando Dick Naseby estuvo en París entabló algunas amistades curiosas pues él era una de esas personas que tienen oídos para oír y que pueden usar tanto sus ojos como su inteligencia. Tenía tantas ideas como Stuart Mill, pero su filosofía se ocupaba de la debilidad humana, y era experimental en cuanto al método. Era un cazador de individuos entre el género humano. Despreciaba la caza menor y las personalidades insignificantes, fuese en forma de duques o vagabundos, dejándolas pasar como algas marinas; pero muéstrenle un rostro refinado o poderoso, déjenle oír una voz estruendosa o penetrante, pésquenlo con una mirada viva en los ojos de alguien, un gesto apasionado, una sonrisa elocuente y ambigua, y su mente despertará instantáneamente. Parecía decir «había un hombre,

había una mujer», y le haría frente a la tarea de su comprensión con el placer de un artista con su arte.

Y sin duda, bien pensado, su interés era un interés artístico. No hay ciencia en el estudio personal de la naturaleza humana. Toda comprensión es creación. La mujer que amo es de algún modo mi obra; y el mejor amante, como el mejor pintor, es aquel que puede embellecer el objeto de su arte hasta hacerlo más que humano, en tanto que aún de un modo malicioso ha basado su apoteosis en la naturaleza del caso de tal modo que la mujer puede seguir siendo una verdadera mujer, y dar a su personaje libertad y mostrar mezquindad, guardar rencor, o ansiar los placeres sencillos, mientras él continúa adorándola sin la menor idea incongruente. Amar un personaje sólo es el modo heroico de entenderlo. Cuando amamos, por algún noble método propio o alguna nobleza de semblante o naturaleza en el otro, percibimos a la persona amada por lo que es más noble en nosotros mismos. Cuando nos encontramos simplemente estudiando una excentricidad, nuestro método de estudio no es más que una serie de indulgencias. Empezar a comprender es empezar a simpatizar, pues la comprensión sólo llega cuando hemos establecido las faltas y virtudes de la otra persona en términos de las nuestras propias. De ahí la proverbial tolerancia de los artistas para con sus funestas creaciones. De ahí, también, sucedió que Dick Naseby, una criatura tan altruista y un caballe-

ro tan escrupuloso y magnífico como uno querría conocer, mantuvo una especie de afecto con los diversos seres humanos repulsivos que conoció y estudió.

Uno de esos seres humanos fue Peter van Tromp, un animal bípedo del género internacional, de habla inglesa, y con una profesión de utilidad general y más que equívoca. Años antes, había sido pintor de cierto prestigio en una colonia en la que los retratos con la firma «Van Tromp» habían celebrado la grandeza de gobernadores y jueces de las colonias. En aquella época estaba casado, y llevaba a su esposa y a su hija de corta edad en un carruaje tirado por un poni. ¿Cuáles fueron los pasos de su declive? Nadie lo sabía con exactitud. Aquí estaba al menos, y durante los últimos diez años lo estuvo en todo momento, como una especie de triste parásito de los extranjeros en París.

Sería arriesgado especificar su ocupación exacta. Entendido toscamente, habría merecido un nombre que se ha hecho un tanto extraño a nuestros oídos. Entendido como lo entendía él, con una hábil reticencia en una especie de claroscuro social, aún era posible que las personas educadas le llamaran pintor profesional. Su guarida estaba en el Grand Hotel y en los cafés más vulgares. Allí se le podía ver haciendo un boceto con aires de inspiración; y siempre era afable y era uno de los hombres con quién más fácil era entrar en conversación. Una conversación que normalmente maduraba hacia una peculiar clase de intimidad, y era

increíble la cantidad de pequeños servicios que Van Tromp conseguía prestar a lo largo de treinta y seis horas. Ocupaba una posición entre un amigo y un mensajero, lo que le hacía más que embarazoso el corresponder. Pero aquellos a quienes hacía un favor siempre podían comprar alguno de sus espantosos cuadritos, o, cuando los favores se habían extendido y habían sido más delicados de lo habitual, podían encargar y pagar un gran lienzo con la perfecta certeza de que nunca volverían a oír hablar de la transacción.

Tenía fama de ser un aficionado entre los artistas del vecindario. Había gastado más dinero —se rumoreaba que no menos de tres fortunas individuales— del que cualquiera de sus colegas podría esperar ganar jamás. Aparte de su carrera colonial, había estado en Grecia en un bergantín con cuatro carronadas de bronce; había viajado por Europa en una carroza de cuatro caballos, tirando de las bridas a las puertas de los palacios de los príncipes alemanes; y reinas de la canción y del baile le habían seguido como corderitas y le habían pagado las facturas de sus sastres. Y contemplarle ahora buscando pequeños préstamos con lastimera condescendencia y desayunando a costa de una estudiante de arte de diecinueve años como un donjuán venido a menos que se había descuidado de morirse en el momento oportuno, tenía un cierto romanticismo para la imaginación de las jóvenes. Su nombre y su brillante pasado, visto a través del pris-

ma del chismorreo, le había hecho merecedor del mote de «el Almirante».

Dick le encontró un día en el despacho de tributos, pintando con rapidez un par de gallinas y un gallo en una cajita de acuarelas, y mirando de vez en cuando al techo como alguien que buscara la inspiración de alguna musa. A Dick le pareció notorio que un pintor eligiera trabajar bebiendo absenta en un café público por lo que se quedó observándole. Su apariencia desenfadada ya entrada en años quedaba resaltada por un traje juvenil; tenía un indecoroso pelo gris y una indecorosa y enorme nariz roja, pero su ropa y sus ademanes, las defensas de un hombre, todavía estaban diseñados para darse postín. Dick se acercó a su mesa y le preguntó si podía mirar lo que el caballero estaba haciendo. Nadie estuvo más encantado que el Almirante.

—Nada importante —dijo—. Simplemente los dibujo así, de manera rápida. Los... dibujo rápidamente —añadió con un gesto.

—Ya veo —dijo Dick, quién estaba horrorizado por la pobreza de la obra.

—Entiéndame —continuó Van Tromp—, soy un hombre de mundo. Y sin embargo..., cuando se es artista se es para siempre. De pronto me asalta un pensamiento en la calle y me convierto en su presa. Es como una mujer hermosa, es inútil luchar; tengo que dibujarlo rápidamente.

—Entiendo —dijo Dick.

—Sí —continuó el pintor—, resulta fácil..., fácil para mí; no es un trabajo, sino un placer. La vida es mi trabajo..., la vida..., esta gran ciudad, París..., París después del anochecer..., sus luces, sus jardines, sus rincones peculiares. ¡Ajá —gritó—, ser joven otra vez! El corazón es joven, pero los pies están cansados. ¡Envejecer es algo malo y mezquino! No queda más que el *coup d'oeil*, el placer contemplativo del hombre, señor... —y se detuvo, esperando el nombre.

—Naseby —respondió Dick.

El otro le invitó inmediatamente a una bebida estimulante, y se explayó sobre el placer de conocer a un compatriota en tierra extranjera: oyéndole, cualquiera podría pensar que se habían encontrado en África Central. Dick nunca había encontrado a nadie que se encaprichara con él de modo tan inmediato, ni que lo mostrara con tanta naturalidad ni de un modo menos ofensivo. Parecía estar a gusto con él como un individuo maduro en la ciudad podría sentirse contento con un muchacho simpático e ingenioso; señaló que él no era riguroso, pero que en sus momentos más locos nunca había sido tan jovial como él consideraba a Dick. Éste protestó, pero fue en vano. Este modo de establecer intimidad a punta de bayoneta era la especialidad de Van Tromp. Con un hombre mayor se insinuaba; con los jóvenes se imponía, y a renglón seguido imponía un ideal sobre su víctima, que veía que debía entusiasmarse con ello o perder la estima de este

viejo y vicioso mecenas. Y ¿qué hombre joven puede soportar perder una reputación debido al vicio?

Finalmente, a medida que se acercaba la hora de la cena, Van Tromp preguntó:

—¿Conoce París?

—No tan bien como usted, de eso estoy seguro —dijo Dick.

—Y yo también —respondió Van Tromp con alegría—. ¡París! Mi joven amigo. ¿Me permite? Cuando conozca París como yo lo conozco, habrá visto «cosas extrañas». No diré nada más; todo lo que digo es «extrañas». Usted y yo somos hombres de mundo, y nos encontramos en París, en el corazón de la vida civilizada. Esto es una oportunidad, señor Naseby. Vamos a cenar. Déjeme mostrarle dónde.

Dick accedió. Camino de la cena, el Almirante le mostró donde comprar guantes, y le hizo comprarlos; donde comprar puros, y le hizo comprar un buena provisión, algunos de los cuales él aceptó amablemente. En el restaurante le aconsejó qué pedir, con sorprendentes consecuencias en la cuenta. Sería difícil calcular cuánto ganó esa noche por sus comisiones. Y durante todo ese tiempo Dick accedió con una sonrisa, entendiendo bien que le estaba timando, pero aceptando sus pérdidas en la búsqueda de un personaje como un cazador sacrifica sus perros. En cuanto a las «cosas extrañas», el lector se sentirá aliviado al oír que no eran más extrañas de lo que cabía esperar, y pue-

de encontrar cosas igual de extrañas sin la necesidad de tener un Van Tromp por guía. Sin embargo, era un guía de cierto nivel que compensaba la pobreza de lo que tenía que mostrar con abundantes comentarios imaginativos.

—Y así —dijo, con un hipido—, así es París.

—¡Bah! —respondió Dick, que estaba cansado de la representación.

El Almirante acercó el oído, y miró de reojo con un atisbo de sospecha.

—Buenas noches —dijo Dick—. Estoy cansado.

—¡Qué inglés! —exclamó Van Tromp, cogiéndole de la mano—. ¡Qué inglés! ¡Tan displicente! ¡Qué compañero tan agradable! Muéstreme su casa.

—Vamos a ver —respondió Dick—, le he dado las buenas noches, y ahora me voy. Es usted un tipo divertido: en cierto modo me cae bien, pero ya es suficiente por esta noche. Ni más puros, ni más ponches, ni más comisiones a mi costa.

—¡Cómo dice?! —gritó el Almirante con dignidad.

—¡Vamos, hombre! —dijo Dick—, no se ofenda; creía que era un hombre de mundo. He estado estudiándole, y ya está. ¿No he pagado la lección? *Au revoir*.

Van Tromp rió alegremente, le dio la mano con gran esfuerzo, deseó cordialmente que se vieran de nuevo y a menudo, pero se quedó mirando a Dick,

temblando de indignación cuando se marchó. Después de aquello, sus caminos se cruzaron con cierta frecuencia, y Dick invitaba a menudo al vivaz anciano a desayunar a escala moderada en un restaurante de su propia elección. A menudo, también prestaba a Van Tromp alguna libra en vista de una posible partida a Australia de dicho caballero; había una escena de despedida casi conmovedora en la caracterización, y una semana o un mes más tarde se encontraban en el mismo bulevar sin sorpresa ni vergüenza. Y entretanto, Dick iba conociendo más cosas de su compañero en todos los aspectos: oyó hablar de su yate, de su carroza de cuatro caballos, de su breve temporada de celebridad entre una población más confiada, de su hija, de quién le gustaba que gimoteara en sus copas, y de su indescriptible modo de vivir parasitario y gorrón; y con cada nuevo detalle crecía en su mente algo que no era simplemente interés ni tampoco era exactamente afecto hacia ese hijastro de dudosa reputación de las artes. Antes de marcharse de París, Van Tromp era una de esas personas a quienes él recibía para una cena de despedida; el anciano caballero pronunciaba el discurso de la noche, y después caía debajo de la mesa, sollozando, sonriendo, y paralizado.